

del trabajador manual, ahora son empleadas para producir febrilmente hasta congestionar los mercados del mundo. A medida que se intensifica esta locura de la producción, va creciendo esta publicidad que prepara las puertas de escape. La máquina, sin la "réclame", pronto sería inutilizada por su propia obra. Los anuncios abren nuevas vías de circulación a esos verdaderos ríos de productos que lanza la máquina sobre la tierra. Naturalmente esta propaganda no favorece sino al fabricante, que por este medio obliga a ponerse al servicio de sus intereses a los demás hombres, transformándoles en sus compradores, es decir, engañándolos, pues los valores auténticos de las cosas resultan falseados por el lente de aumento de la publicidad exagerada.

En las ciudades norteamericanas, los grandes anuncios entablan una especie de duelo para adueñarse del hombre—del comprador—y reducirlo a una cifra en el libro de caja del industrial moderno, señor del mundo. Estados Unidos es el único país donde la posesión de la materia por ruin que sea, concede al hombre una realeza: el rey del acero, el rey del azúcar, el rey del carbón tienen tantos palacios y súbditos como los que antaño poseían los monarcas de mandato divino.

Con un tipo de civilización semejante asentada sólo en lo temporal, los valores morales quedan postergados y acaban por desaparecer. La civilización y la cultura libran su batalla en tierras de la Unión, y la ventaja es hasta este momento de la primera, como no podía ser de otro modo en un pueblo que ha hecho de la bolsa su templo y del "ring" el altar de un nuevo culto.

HOMBRES DE COLOR

Uno de los capítulos más interesantes del libro de M. Georges Duhamel es el que trata de la separación de las razas en los Estados Unidos. Toda la piedad, toda la ternura del gran escritor francés, apóstol de una huma-

nidad más justiciera, aparecen en esas páginas. Algunas figuras de negros pasan a través de ellas, mas se esfuman casi inmediatamente. Hubiéramos deseado, es verdad, pinturas más completas, mayor número de sucesos narrados con ese gran temblor humano que el autor de "*Confesión de Medianoche*" y "*Vida de los Mártires*", sabe infundir a sus creaciones; pero la intención del ilustre viajero era otra y ha preferido ofrecernos un alegato contra la civilización despiadada que repudia y acusa a los hombres de color.

El "coloured people" sufre un verdadero calvario en algunos Estados de la Unión. Los negros son rechazados de todas partes y obligados a aislarse como los leprosos. Les está vedado el contacto con los hombres blancos, hasta en los más pequeños menesteres de la vida diaria. Hay hoteles, cines, tranvías, almacenes, sólo para la raza maldita. Los hombres de color no tienen entrada en los recintos que la civilización americana construye para admiración del mundo. Ni siquiera el cementerio, pórtico del más allá, les admite en su seno. No hay muerte niveladora para ellos. Los huesos de estos infelices son destinados a un cementerio especial, cerrado y amurallado, que es como el símbolo de la soledad eterna de su raza. Los ciudadanos de los Estados Unidos emprenden el viaje sin retorno, practicando las supersticiones religiosas de los negros, pero sin perdonarles la afrenta de su piel. "Nada hay de común entre las razas, hasta en el aniquilamiento, dice Duhamel. Nada hay de común sino esta cruz dolorosa, esta cruz impotente, que hace, de ambos lados de la calle, a pesar de las murallas, su mismo signo de imposible concordia."

Sin embargo, los antiguos esclavos negros trabajaron esforzadamente para la riqueza de la Unión y han aportado a ella su energía y su espíritu. Por los resquicios de la vida americana se escapa, de vez en cuando, el aliento misterioso de estos abuelos y sopla

en la música moderna, de ritmo desgarrado, que nos hace estremecer como un lamento o una amenaza. Los ciudadanos yanquis disfrutaban actualmente de la prosperidad acumulada por varias generaciones de hombres de color que llevaron una vida franciscana, de privaciones y desprendimiento de los goces de la tierra, en los ingenios de azúcar y en las plantaciones de algodón, y se consolaron con la Biblia—pozo inagotable para la sed del rebaño humano—o con los sencillos cantos metodistas. El orgulloso norteamericano de nuestro tiempo cree que toda esa grandeza que le rodea ha sido creada únicamente con su esfuerzo, sin sospechar que lenguas y sangres diversas han concurrido a la construcción de la moderna Babel y que en cada piedra está gritando una cultura diferente. Los genuinos yanquis han jugado solamente el rol de empresarios en esta edificación ciclópea. El negro, eterno "prisionero de su piel", es el que más ha arañado la tierra para que brotara ese río de oro que va a desembocar en Wall-Street y se esparce luego como inmensa red apresando naciones y pueblos de los cuatro continentes.

SALAVIN, VIAJERO

Nuevamente Luis Salavin deja su casa de la calle Pot-de-Fer (¿vive ahí o en Val de Grace?), para medir los caminos del ancho mundo. Ha visto ya casi toda la Europa y varias veces se ha refugiado en Africa, huyendo del maquinismo y de los prejuicios de la civilización occidental. La anterior escapada fue a Rusia—que también visitaron Luc Durtain, Blaise Cendrars, Barbusse, Panait Istrati—y de allí regresó con su corazón liberal sofocado por las pieles, el vodka, los soldados y los campesinos. Otra vez al escritorio de empleado modesto y al diván aquel del que decía Henry Bidou que era "el más profundo retiro de Salavin, la concha del caracol". Luego, andar, de nuevo. Mas ahora hacia los Estados Unidos, o sea el reverso de la estampa soviética. Conocer quería los dos polos de la civilización contemporánea: el

Estado colectivista donde un partido político ejerce el poder en nombre del proletariado, y el Estado individualista, donde el capitalismo gobierna en nombre del pueblo.

Tres normas mentales se había fijado Salavin-Duhamel: calma pura, equilibrio, serenidad. ("Retrato de Salavin por él mismo"), y la visión de la América sajona tenía que parecerle excesiva. Los rascacielos alojándose en las nubes. El Empire-State de New York plantado en el camino de los dirigibles. Hormigueros humanos moviéndose ordenadamente al mandato de los timbres y los guiños luminosos. "Civilización de insectos", anota el viajero. Y más allá: "ciudades humanas construídas en un suelo que no invita a la moderación. Lagos, valles, ríos, bosques, llanuras, todo es desmesurado. Nada parece hecho para inclinar al hombre hacia un sentimiento de armonía." Luego Chicago, la ciudad-cáncer. La deificación de la máquina que lo arrolla todo y amenaza transformar a nuestro siglo en una edad ciega, imperialista.

Duhamel se va al campo para airear y tonificar su espíritu. Mas el campo en los Estados Unidos aparece tiznado de carbón, prisionero entre vallas, construcciones, letreros prohibitivos, carteles industriales. Inconocible sin su libertad y su soledad nemorosa. Diríase que hasta la tierra misma no realiza allí su trabajo con alegría. Está sometida a la tortura de la explotación febril. El agricultor no cuida amorosamente la heredad, sino que trata de hacerla rendir el máximo provecho en el menor tiempo. No es este el agro francés que el campesino cuida, más que con amor, con secreta avaricia, ni mucho menos el agro holandés, amaestrado, vestido y alimentado científicamente para la conservación de su gran salud botánica.

El observador desconsolado busca la cifra espiritual—el significado—de la vida norteamericana en el hogar, los espectáculos, las costumbres. Mas por todas partes sólo halla un materialismo estrecho, oculto bajo un bar-